

Cultura

Un artista esencial

Muere Ràfols-Casamada

El pintor y poeta, de 86 años, será despedido hoy

TERESA SESÉ
Barcelona

Poeta y pintor esencial –sus pinturas a menudo son como poemas y sus poemas refuerzan el sentido de sus cuadros–, ensayista y maestro de varias generaciones de artistas –fue impulsor, director y docente de la pionera Escola Eina de dise-

PINTURA Y POESÍA

Sus pinturas son como poemas y sus poemas refuerzan el sentido de sus cuadros

EMOCIÓN

“Intento la plasticidad pura, pero con todo el sustrato emotivo de la realidad”, escribió

ño–, Albert Ràfols-Casamada, artista de la sensibilidad y la emoción, falleció ayer en Barcelona. Casado con la también pintora María Girona, contaba 86 años y un delicado estado de salud que en los últimos días aconsejó su ingreso en una clínica barcelonesa.

El funeral se oficia hoy, a las 11 horas, en el tanatorio barcelonés de Sant Gervasi.

En los últimos años Ràfols-Casamada había recibido numerosos reconocimientos y homenajes. El último de ellos tuvo lugar el pasado 21 de octubre en el MNAC. Al final, el artista, agradecido, alzó su copa para brindar con los colegas, alumnos y amigos allí reunidos. Referente de la abstracción lírica y una de las figuras fundamentales del arte español de la segunda mitad del siglo XX, Ràfols-Casamada entendía el arte como un vehículo de emociones. Y esa idea, la de despertar una experiencia estética en la mirada del espectador, es la que domina una trayectoria marcada por su incansable capacidad para renovarse y sorprender, desde la figuración inicial, influida por el cubismo y el fauvismo, a la abstracción. “Busco lo esencial y lo desnudo de todo lo que es accesorio. Intento la plasticidad pura, pero con todo el sustrato emotivo de la realidad”, escribió.

Nacido en Barcelona en 1923, cerca de la plaza Lesseps, nieto e hijo de pintor, de niño servía de modelo a su padre, Albert Ràfols, y le ayudaba a hacer mezclas de pinturas. Tras un fugaz paso por la facultad de Arquitectura, en 1948 se apuntó a la academia Tàrraga, donde conoció a su mujer,



JOSE MARÍA ALGUERSUARI / ARCHIVO

ANÁLISIS

Lluís Permanyer



Su circunstancia le potenció

Una curiosidad universal, una sensibilidad afinada para absorber todos los estímulos y una necesidad ineludible de plasmar fuera de sí las emociones recibidas llevaron a Albert Ràfols-Casamada a cultivar no importa qué género.

Le había tentado en su primera juventud la arquitectura, pero encaró finalmente otros objetivos: poeta y prosista; escenógrafo y figurinista; conferenciante; profesor y director de una escuela de

diseño; dibujante, grabador, ilustrador, muralista, pero por encima de todo librado siempre en cuerpo y alma a la pintura. Nada del universo cultural, en suma, le fue ajeno, en una clara predisposición de corte casi renacentista.

En su larga trayectoria como pintor se produjo en un momento preciso un cambio trascendental, que es muy visible en cualquier exposición antológica, a poco completa que sea. Fue en la década de los años 70. Su obra cobra de pronto fuerza, se torna tan

En los años 70, su pintura cobra de pronto fuerza, se torna tan profunda como rotunda

profunda como rotunda, y pone de manifiesto que ha encontrado lo que con ansia buscaba. Es fácil de reconocer el momento en el que se produce esta explosión,

que Ràfols-Casamada sabe canalizar de forma positiva y con mano maestra.

Y es que en aquel entonces se produjeron varios hechos que por fuerza le habían de marcar profundamente. Había encontrado por fin el marchante que merecía, la galería Prats, de Manuel de Muga, en la que fue introducido por su viejo amigo y admirador Lluís M. Riera, a la sazón director del novísimo establecimiento. El fin del dictador hacía presagiar el anhelado establecimiento

de una democracia estable por la que él había luchado no sin riesgo personal desde las filas de la izquierda. Todo esto coincidía con una madurez humana y artística que le permitía trabajar con un empuje inusual y con unos objetivos que jamás había visto tan claros, y conste que no me refiero sólo a los estéticos.

Porque a la hora de valorar la obra de Ràfols-Casamada, en ocasiones no se aquilata o incluso se ignora la influencia que sobre los misterios que envuelven el acto de pintar tienen ciertos factores externos, personales o no. Ràfols-Casamada era un humano al que afectaba muy particularmente su circunstancia.